

Ahora y Antes

Costos Políticos

POR LORENZO MEYER

LOS que nacimos en los cuarentas o después no habíamos tenido la nada envidiable oportunidad de experimentar en carne propia una crisis económica generalizada. ¿Cuándo había sido la última vez que una gran empresa industrial mexicana, moderna, había tenido que poner a sus obreros ante la disyuntiva de disminuir la jornada de trabajo o el despido, como es ahora el caso de DINA?

Bueno si la memoria no me falla, la última vez que eso ocurrió en gran escala fue al principiar los años treinta. La gran depresión mundial que se inició en 1929 llevó a que el valor de las exportaciones y de las importaciones mexicanas disminuyera en un 50% entre 1928 y 1932 —el año más difícil de la crisis en México—, y que el valor del peso respecto al dólar cayera un 55% en un período de cinco años. El desempleo se dejó notar, sobre todo en aquellas actividades directamente relacionadas con la exportación.

★

LAS cifras oficiales —a las que no conviene tomar muy en serio— decían que en 1932 había 350,000 mexicanos desempleados, o sea un poco más del 10% de la población económicamente activa, lo que en realidad es una proporción sorprendentemente baja.

En fin, de acuerdo con las reconstrucciones que los economistas han hecho del Producto Interno Bruto (PIB) de la época, éste disminuyó en un 19% entre 1928 y 1932. La acción del Estado frente al mal fue mínima, pues no contaba con los instrumentos ni con los recursos para hacerle frente.

Desde luego que lo que entonces sucedió en México fue juego de niños comparado con los efectos de la crisis en otros países. En Alemania, el 40% de los trabajadores se encontraban sin ocupación. En realidad la recuperación mexicana fue rápida, pues para 1934 el PIB era ya ligeramente superior al de antes de la crisis. Es verdad que los últimos años del cardenismo tampoco fueron fáciles, pero por más de cuarenta años, México no volvió a vivir las angustias de la crisis generalizada.

★

DURANTE la crisis de entonces el grueso de los mexicanos —las dos terceras partes— vivían en el campo. Y salvo un sector minoritario, la agricultura no estaba ligada al mercado mundial. En realidad, una buena parte de ella ni siquiera entraba a los canales comerciales. Muchos de los desempleados potenciales —mineros, obreros, industriales, mexicanos deportados de Estados Unidos, etc.— tenían aún raíces en el campo y por lo tanto, pudieron ser absorbidos otra vez aunque quizá no muy productivamente, por la economía provinciana.

Así lo avalan los testimonios individuales de la época y las relativamente bajas cifras oficiales de desempleo. En una palabra, el propio atraso de la economía mexicana la protegió de los golpes más fuertes.

En la actualidad, la situación es bastante diferente. El campo y la economía precapitalista ya quedaron muy atrás para la mayoría de los mexicanos. El avance de la modernidad y el capitalismo ha dejado muy pocos rincones para la economía del autoconsumo.

El desastre de nuestras exportaciones petrolizadas afecta directamente a toda la actividad económica, pues el grueso de lo que importamos es necesario, el margen comprimible ahora es pequeño. Directa o indirectamente toda nuestra industria depende de las

Ahora y Antes

Segue de la página siete

importaciones. Para colmo, la economía real ya no obedece a la teoría. En la vieja crisis, la disminución de la actividad económica estuvo acompañada de una caída en los precios, pero ahora la recesión va de mano con la inflación.

El aparato del Estado es ahora absoluta y relativamente mucho más fuerte y complejo que entonces. Pero justamente por eso el precio político que deberá pagar es más alto. Antes era posible culpar de nuestros males al resto del mundo, en particular al capitalismo internacional decadente y en crisis.

Hoy, Fidel Velázquez y muchos otros vuelven a tratar de encontrar allende las fronteras el origen de nuestros sufrimientos. En cierto sentido tiene razón, pero el público mexicano está ahora menos dispuesto a dejar el gobierno libre de culpa, pues a diferencia del pasado, hoy su presencia en todos los órdenes de la economía es obvia. Para el ama de casa, para el obrero o el empleado, el glut petrolero resulta algo lejano y difícil de comprender.

En cambio la devaluación o el aumento en los precios de la tortilla, el pan, la gasolina, etc., etc., sí tienen para ellos un origen fácil de identificar: el gobierno. Para este ciudadano común e incluso para el "entendido", el aumento generalizado de los productos en el supermercado o en la tienda de la esquina está ligado a la acción —o más bien a la inacción— del gobierno, ya que visto desde su perspectiva, son las autoridades las que permiten "los abusos" y faltan a su deber por incapacidad, corrupción o ambas. Tengo la sospecha, que esta nueva crisis no sólo va a afectar más profundamente a más mexicanos, sino que sus costos políticos también serán mayores. Definitivamente, las crisis de ahora no son como las de antes... son peores.